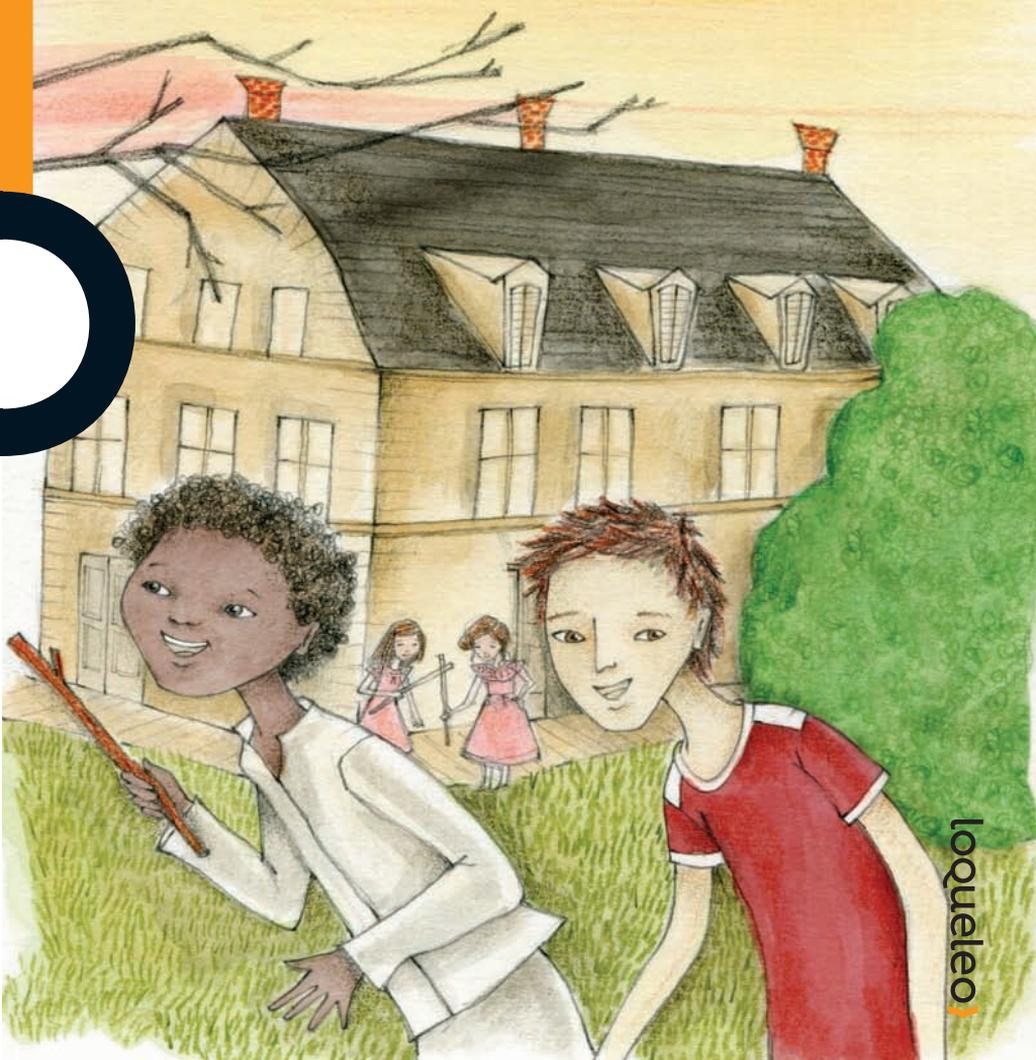


# París ida y vuelta

## El tanque de agua 2

María Inés Falconi

Ilustraciones de María Jesús Álvarez









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2013, MARÍA INÉS FALCONI  
© 2013, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4569-6  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: MARÍA JESÚS ÁLVAREZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Falconi, María Inés

París ida y vuelta : el tanque de agua 2 / María Inés Falconi ; ilustrado por María Jesús Álvarez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

360 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4569-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Álvarez, María Jesús, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **París ida y vuelta**

## **El tanque de agua 2**

María Inés Falconi

Ilustraciones de María Jesús Álvarez

loquele<sub>o</sub>



## PRÓLOGO

**C**reo que aquellos que no hayan leído *El secreto del tanque de agua* podrán leer esta historia sin problema, pero, por las dudas, déjenme contarles algo sobre la aventura que vivieron Lucas y su hermana Rocío en el libro anterior.

Lucas había encontrado un escondite fantástico en la casa de su abuela: en el techo, entre los tanques de agua. Ahí subía todos los martes, mientras ella dormía la siesta. La terraza era su refugio, hasta que un día de verano, un espantoso día, según él, su hermana lo descubrió. A pesar de que Lucas la echó, la amenazó y se enojó, tuvo que aceptar que se quedara al menos un rato, no fuera cosa de que le contara a todo el mundo su secreto.

Pero Rocío se aburría, para ella la terraza no tenía más atractivo que el poder molestar a su hermano. Miró, caminó, tocó todo lo que pudo hasta que se le ocurrió asomarse al viejo tanque de agua, para ver lo que había adentro. No es muy difícil imaginar que Rocío se cayó adentro y que Lucas, por salvarla, se cayó atrás de ella.

Lo que pasó después ninguno de los dos podría haberlo imaginado. El tanque no era un tanque cualquiera. Era un tanque que conectaba con extraños ríos subterráneos que lo llevaban a uno chapoteando y tragando agua a otra época.

Lucas y Rocío aparecieron en 1810, flotando en el aljibe de la casa de don Nicolás Rodríguez Peña, un revolucionario de aquella época. Del pozo los rescataron Nazareno y su mamá, a quien todos llamaban tía Francisca, una negra grandota, cariñosa y rezongona que era la reina de la cocina.

Por varios meses se quedaron en la casa de don Nicolás y doña Casilda, como criados. Tuvieron así la oportunidad de participar en los agitados días de la Revolución de Mayo, de conocer a muchos de los hombres de la época, de hablarle a Manuel Belgrano y de repartir panfletos en la Plaza de Mayo junto a Domingo French, entre muchas otras cosas. Hicieron también grandes amigos entre los esclavos de la casa: Nazareno, su hermanita Martina, Teresa y la misma tía Francisca.

La aventura era emocionante, pero ellos, por supuesto, querían volver a su casa, a su época, para estar junto a su mamá y su papá. No tenían idea de cómo hacerlo. El viaje de ida había sido casual y no se animaban a tirarse al aljibe para ver si los llevaba de vuelta. Hasta que Nazareno les presentó una india

medio bruja que les dio un amuleto de caracoles, los hizo tomar agua del río en las noches de luna llena y, finalmente, les avisó el mismísimo 25 de mayo que era el momento justo para volver. Sin poder despedirse de nadie y temblando de miedo, se tiraron al aljibe ayudados por Nazareno, el único que conocía su secreto.

La india tenía razón. Atravesaron el río, tragaron agua y, antes de darse cuenta, estaban flotando en el tanque de la abuela, del que, por suerte, pudieron salir. Lucas y Rocío imaginaban que todos los estaban buscando porque habían estado como cuatro meses afuera, pero no. En el presente solo habían pasado unos minutos. Juraron entonces que nunca le iban a contar a nadie lo que les había pasado. ¿Quién iba a creerles?

Lucas no lo decía y Rocío tampoco, pero los dos, a veces, tenían ganas de volver a tirarse al tanque para ver si podían visitar a su amigo Nazareno. Tenían ganas, pero tenían miedo. Una vez les había salido bien, pero... ¿dos?

¡Que lo disfruten!

MARÍA INÉS



CAPÍTULO I  
30 DE MARZO DE 2008

Era una tarde de martes, como tantas otras. El otoño había llegado, la escuela había empezado y el frío ya se hacía sentir. Lucas y Rocío subieron a la terraza de la casa de su abuela juntos, como lo hacían todos los martes desde aquel emocionante viaje a 1810.

Desde entonces, Lucas no había podido estar solo en el techo nunca más. Rocío había convencido a su mamá de que ella también podía ir los martes a la casa de su abuela. Que ya era grande, que se iba a portar bien, que no iba a dar más trabajo y otra cantidad de promesas que las dos le creyeron... como siempre.

Lucas no pudo hacer nada para evitar que ella subiera a la terraza, salvo ponerle una condición: que, cuando estuvieran ahí, no le hablara. De esa manera, al menos, podía hacer de cuenta que estaba solo. Él tenía su lugar secreto de un lado del tanque, Rocío del otro. Lucas tenía sus revistas, su MP3, un cajón para sentarse, una

manta por si hacía frío, caramelos, las ojotas viejas para el verano y hasta su colección de chapitas. Rocío tenía sus muñecas, sus libros, y había armado su “casita” para no aburrirse, pero su “lugar” era mucho menos comfortable que el de Lucas.

Había pasado un mes desde aquel viaje a otra época y ya todo era recuerdo. Solo les quedaba el peinetón que había traído Rocío, la invitación al Cabildo Abierto y el diario de Manuel Belgrano, que había traído Lucas, y los dos collares de conchilla que les había dado la india como amuletos.

Cada tanto, Lucas y Rocío recordaban su aventura o hablaban de la gente que habían conocido o se preguntaban cómo estarían los de la casa, con quienes tanto se habían encariñado, pero a ninguno de los dos se les ocurría, ni remotamente, repetir la experiencia. Una vez les había salido bien. Suficiente.

Les hubiera encantado poder compartirlo con alguien más, pero ¿quién iba a creerles? Rocío esperaba que en la clase de historia de la escuela empezaran con la Revolución de Mayo para, por lo menos, poder contar todo lo que había vivido como si lo hubiera estudiado.

—La terraza es más linda en verano —comentó Rocío ese día, en cuanto llegaron arriba.



Lucas no le contestó. En la terraza no se hablaba. Si llegaba a contestarle, aunque solo fuera con un sí o un no, Rocío iba a comentar algo más, y después algo más, y después no iba a poder callarla.

Se sentó en “su lugar”, entre los dos tanques de agua. Abrió la revista de historietas que había comprado esa mañana y se acomodó para leerla. Tuvo que reconocer que Rocío tenía razón: hacía frío. Se echó encima la vieja manta que tenía preparada para los días de invierno.

Rocío, del otro lado del tanque, lo miró con envidia. Ella no tenía ninguna manta. Sacó la Barbie de adentro de su mochila. Rocío siempre subía con la mochila llena de juegos y juguetes. Odiaba aburrirse y más odiaba que Lucas no la dejara hablar.

—Tengo frío —volvió a comentar.

Silencio.

—¿Puedo ir ahí con vos? La manta es grande... capaz que la podemos compartir.

Lucas, esta vez, cerró la revista y la miró. La miró mal. Contestarle ni pensaba.

—ок, ок —dijo Rocío—. No hablo más.

Sacó el peine y empezó a peinar a su muñeca.

—Te voy a hacer una colita —dijo hablando muy, muy bajito—. Te va a quedar mejor con este vestido.

Miró a Lucas de reojo. ¿Habría escuchado...?

Pero Lucas se había puesto los auriculares del MP3.

—Mejor —le dijo Rocío a la muñeca—, así nosotras podemos hablar tranquilas.

Peinó el pelo rubio de la Barbie hasta que le pareció que ya estaba desenredado. ¡Cómo le hubiera gustado tener el pelo así de rubio y así de largo! Pero su mamá no la dejaba, por “la facilidad que tenés de agarrarte cuanto piojo anda suelto”. Malditos piojos. ¿Habría algún piojo en la cabeza de la muñeca? La empezó a revisar con cuidado, como hacía su mamá con ella.

Volvió a mirar a Lucas. Seguía leyendo y golpeaba el pie contra el piso, siguiendo el ritmo de la canción que estaba escuchando.

—Beatles, seguro —le dijo a la Barbie con un gesto de desaprobación—. Yo no sé cómo le puede gustar esa música tan antigua.

Fue entonces cuando escuchó un ruido de agua, como si algo se cayera en un balde, como si alguien nadara en una pileta, como si alguno estuviera chapoteando en el tanque... ¿Chapoteando en el tanque?

El ruido no paraba. ¿En serio habría alguien en el tanque...? Sabía por experiencia que treparse para mirar adentro era más que peligroso,

así que solo acercó la oreja a la pared. Sí, el ruido venía de ahí.

—¡Lucas! —llamó.

La situación era lo suficientemente grave para que le hablara, dijese lo que dijese su hermano.

—¡Lucas!

Pero Lucas, con los auriculares puestos, no escuchaba nada.

Corrió hasta él y le sacudió el brazo.

—Lucas, me parece que hay alguien o algo o no sé qué en el tanque.

Lucas la miró con ojos de nada y siguió llevando el ritmo de su música. No pensaba hablarle.

—¡Socorro!

Esa voz terrorífica salía del tanque, sin duda. Y sin duda, también, era alguien que estaba pidiendo ayuda.

—¡Ya va, un momentito...! —gritó Rocío—. Lucas, yo sé que no te tengo que hablar, pero hay alguien en el tanque. Alguien está pidiendo auxilio. ¿Me escuchás?!

Lucas ni la escuchaba ni quería escucharla. Se soltó y volvió a la revista.

Rocío resopló y pateó el piso. ¿Podía ser tan tonto su hermano?